

Madrid, a 12 de octubre de 2020

Querido don Benito:

Cien años ya, cien años fuera de esta casa de locos, observándonos con comprensiva ironía desde esa estatua que su amigo Victorio Macho erigió entre La Rosaleda y el Palacio de Cristal de este Madrid al que yo desperté cuarenta y cuatro años después de que usted se marchara en loor de multitud. Si nadie me viera, cuando acudo a visitarle le susurraría a su pétreo oído las novedades políticas, aunque me temo que se las puede suponer, porque poco hemos cambiado.

Pero no se preocupe, don Benito, Madrid no lo ha olvidado y, en Santa Engracia o en Hilarion Eslava, unas placas muy ceremoniosas avisan al paseante de que ahí residió usted. Además, basta darse un paseo por Chamberí o por Puerta de Toledo; yo mismo he visto a Beninas, aunque ahora sus rostros presenten rasgos hispanoamericanos, socorriendo a señoras venidas a menos; me he tropezado con la de Bringas, reencarnada en esas otras señoras empeñadas en aparentar entre sus vecinas y comadres, y a cuántos pobres Villaamilés, cesantes de empleos y encomiendas, habré podido conocer, sometidos a los vaivenes de las contrataciones públicas y de las caprichosas bolsas de trabajo. Eso sí, pródigos en remedios de tertulia para los eternos males de nuestra nación, como aquellos arbitristas del Siglo de Oro.

Usted lo sabe mejor que nadie, don Benito, por su reconocida estorpe cervantina: nada como leer a los clásicos para reparar en que hay, en la condición humana y en el funcionamiento social, constantes que no desaparecen. Y algunas son privativas de naciones que, como la nuestra, parecen empeñadas en repetir los mismos errores, sujetas a una fatídica ley del péndulo. La misma que, paralela a los vaivenes históricos, seguían los impulsos amorosos del señorito Juanito Santa Cruz, otro al que hoy encontraríamos entre discotecas finas y tabernas populares, entre la pasión desbocada de Fortunata y la serena moderación de Jacinta, entre la revolución y el orden.

He disfrutado de la mayoría de sus libros, don Benito (es uno de mis mayores orgullos) y ahí está su clave: la necesidad de que España supere de una vez la división, el caínismo, la disputa maniquea que atraviesa el siglo XIX y que desembocaría (menos mal que usted no llegó a padecerla) en la terrible Guerra Civil. Usted fue un ejemplo de esta tolerancia, al cultivar por igual amistades tradicionalistas, como la de Menéndez Pelayo (con quien le unía el amor por Santander) y progresistas, como

la de Clarín. Y, sin embargo, por críticas procedentes de España le birlaron el Nobel que ya tenía en el bolsillo.

Tal vez comprendí mejor su obra gracias al momento histórico en que empecé a leerla. Yo tenía catorce años y recibí un regalo que nunca agradeceré bastante, una edición de los Episodios Nacionales para niños. Estábamos en plena Transición y, pese a todas las dificultades, en el ambiente prevalecía el mismo impulso que se desprendía de aquellas páginas: el de una España capaz de superar atrasos y prejuicios seculares y avanzar, con moderación y sin rencores, hasta equipararse a las naciones europeas más prósperas. La lectura no podía ser más oportuna para un jovencillo contagiado del espíritu inaugural y de concordia que inspiraba la nueva Constitución aprobada ese mismo año, 1978. Cómo no identificarse con las páginas que usted dedicaba a su antecedente de 1812, la "Pepe". Esta nueva representaba, con sus imperfecciones, la anhelada armonía, el punto de encuentro que a nadie satisfacía plenamente pero a todos servía. Y daba cabida a ese patriotismo suyo, don Benito: el patriotismo crítico, liberal, cívico, alejado de fanatismos y de autocomplacencias, de retóricas tradicionalistas que no sirven sino para encubrir viejos privilegios.

Ahora han pasado los años, las décadas, y el péndulo se acerca lentamente a un extremo: aquel edificio, empezando por su cabeza más visible (ya conoce usted a los Borbones, don Benito) se resquebraja por momentos, carcomido por nuestra secular corrupción. Por eso es más necesario que nunca leer sus novelas y episodios, en los que reside la más genuina memoria histórica, aquella que entreteje, con la Historia con mayúsculas, esa otra urdimbre cotidiana de miserias y de grandezas de la historia, con minúsculas.

Sin embargo, los políticos, cortos de miras, han descuidado los planes de estudios, incapaces de apreciar los beneficios que, a largo plazo, tendría el dotar a los jóvenes del bagaje moral y patriótico que su lectura podría proporcionarles. Raro es ya el programa académico en el que figuren sus novelas, don Benito, aunque conozco a profesores que en los institutos aún leen Trafalgar o Doña Perfecta con gran aprovechamiento de sus alumnos. Lástima que muchos confundan modernidad y progresismo con olvido del pasado. Como si fuera usted dudoso...

Algo parecido ocurre con su estimación literaria. Desde que Valle, resentido por asuntos de escena (ya lo conocía usted, no se lo tenga en cuenta) acuñó el malhadado epíteto de "garbancero", le persigue entre los perezosos esa imagen de escritor poco cuidadoso de la técnica y del estilo. ¡Qué gran injusticia! En vano rebajan sus méritos quienes lo reducen a mero observador y retratista de la realidad porque, con ser eso valioso, fue usted mucho más: puso un asombroso dominio del idioma, de las técnicas del diálogo y de la descripción, al servicio de la recreación de esa realidad, fecundada por el uso, debidamente embriado, de la que usted llamaba "la loca de la casa". Yo solo les diría a esos engreídos y exquisitos que se leyeran los monólogos del cesante Villaamil y los sueños de su nieto Luisito en Micau.

Precisamente ahora, con motivo del centenario, no sé si habrá visto que ha reverdecido esta vieja polémica: en el bando remilgado se ha alineado Javier Cercas, y en el de sus defensores han destacado Muñoz Molina y Almudena Grandes, quienes sostienen que su condición de gran escritor civil es compatible con la de gran autor literario. Pero, justo por su grandeza, resulta que cualquier juntaletras con ínfulas, que ni siquiera lo habrá leído, piensa que, aborriando de Galdós, tiene ganado el prestigio de la transgresión y de la vanguardia.

Claro, don Benito, lo que usted no pudo prever fue esta revolución tecnológica y globalizadora que tanto está mermando a la clase social que protagonizaba (y compraba) sus novelas: la clase media o "mesocracia" del doctor Miquis, del boticario Rubín o del ingeniero Pepe Rey, que servía de contrapunto a personajes rancios como el caballero don Lope, aquel que abusa de la desvalida Tristana, feminista avant la lettre. Pero no se preocupe, ya le digo que sigue vigente: no hay más que ver cómo, incluso ante una pandemia como la actual, la nación, lejos de unirse, persiste en sus querellas.

Tal vez yo sea hoy un producto de su imaginación, el lector futuro con el que a buen seguro soñó: al fin y a la postre estamos condenados a la inexistencia de la que emergen los personajes de ficción, y la única forma de inmortalidad es la de quienes, como usted, renuevan su legado artístico en cada generación. Y yo, que, como dice usted de todo hombre, también llevo conmigo mi novela, pude constatarlo en su exposición conmemorativa, al contemplar sus viejas cuartillas en las que, con minuciosa caligrafía, vibraba la presencia de nuestra nación.

Con esa emoción y la admiración más inmensa se despide su humilde lector